

## Diversas formas de decir adiós a la guerra\*

**Reinhart Koselleck**

Traducido del alemán por Manuel Orozco Pérez  
Universidad de Málaga ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.103406>

**Cómo citar:** Koselleck, R. (2025). Diversas formas de decir adiós a la guerra. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 28(2), pp. 295-298.

Las campanas que sonaron el 9 de mayo de 1945 resonaron para iniciar la paz. La única cuestión era: ¿qué paz y para quién? En una fila kilométrica, miles de nosotros, como un acordeón silencioso que a veces se expandía y otras se contraía, nos desplazábamos desde la ciudad de Ostrava hacia el este, empujados, sin saber adónde. El repique de campanas retinía por nuestra columna y despertaba esperanzas, ante cuyo incumplimiento habrían de sucumbir innumerables personas al no poder soportar las decepciones de la nueva paz. Pero eso aún no lo sabíamos, al igual que tampoco sabíamos hacia dónde nos dirigíamos. De dónde veníamos sí lo sabíamos bien: del cerco que en cuatro semanas se había ido estrechando cada vez más y del que fue definitivamente imposible escapar el 1 de mayo. Con un herido a cuestas, dejé mi fusil en el suelo. En aquel entonces, todavía no nos habíamos dado cuenta de que los estadounidenses devolverían a los rusos a todos los prisioneros de Bohemia y Moravia que habían llegado al occidente salvador. Así que esta lucha había sido inútil, y cada muerto, una pérdida en vano. En cantidades ingentes yacían los caídos por doquier. Quizás habían ayudado a que al menos algunos grupos de refugiados pudieran escapar en dirección al oeste. Quizás.

Iba arrastrando el pie que, en realidad, debía servirme de apoyo para caminar. Había sido aplastado por la rueda de un cañón durante el avance hacia Stalingrado; ese accidente, tres años atrás, me había salvado la vida. Sin embargo, en ese momento (es decir, tres meses antes), mi pie aplastado no había impedido que el médico militar se viera obligado a declararme apto para el servicio en la infantería. Así me encontré, viniendo del Alto Rin, nuevamente en la columna de prisioneros que se dirigía hacia el este. Mis pensamientos se centraban en mi familia.

Los pensamientos de todos nosotros se centraban en nuestras familias. Ellas eran el destinatario primordial de todos nuestros anhelos. Mi hermano menor ya había perecido en un bombardeo aéreo. Que mi madre había sobrevivido, lo supe después de un año y medio; que mi hermano mayor, defendiendo Pillau<sup>1</sup> como oficial, ya había caído el 15 de abril de 1945, o quizás ese mismo día, también lo supe después de un año y medio, así como que mi padre, mayor de reserva, había regresado sano y salvo de su cautiverio. Estas noticias se las debo a la única postal que la GPU<sup>2</sup> me entregó de las veinticinco que mi madre me había escrito. Que ella hubiera podido escribirme ya era, de por sí, un privilegio que la dirección antifascista del campo me había concedido. En Navidad de 1945, dibujé caricaturas de Hitler y sus correligionarios, y, en letra gótica, pinté en la pared una frase que la GPU había ordenado: “Como criminales de guerra salimos, como héroes de la reparación regresamos a casa.” Sentía vergüenza ante mí mismo por aquella frase, pues no lograba recordar haber cometido ningún crimen de guerra. La noticia de Babi Yar, que en 1941 se había propagado como un reguero de pólvora en el frente a las afueras de Kiev, la había reprimido en aquel entonces. Y la oportunidad de regresar a casa, incluso como héroes de la reparación, ya la había perdido un tercio de nuestra tropa en Karagandá, donde nos arrumbaron en pleno verano de 1945. Ellos habían perecido de hambre y agotamiento, y sus cuerpos, como maniquíes esqueléticos, habían desaparecido en fosas comu-

<sup>1</sup> Desde 1946 denominada Baltisk. (N. del T.)

<sup>2</sup> Hace referencia a las siglas en ruso del servicio de inteligencia y policía secreta de la Rusia soviética. A pesar de que se disolvió allá por 1923, el uso en lengua alemana era común todavía muchos años después debido a la popularidad de la película de propaganda nacionalsocialista contra la Unión Soviética titulada *GPU*, la cual fue dirigida por Karl Ritter. La película se estrenó en 1942, casi veinte después de la disolución del organismo en cuestión. (N. del T.)

\* Agradezco a Faustino Oncina y a Lucila Svampa la lectura atenta del manuscrito traducido. Sus comentarios y sugerencias han enriquecido significativamente el resultado final.

nes. Con todo, pinté la frase “criminales-héroes” en la pared, y recibí como recompensa una tarjeta de la Media Luna Roja. De este modo se me permitió informar a mis padres, en veinticinco palabras, que me encontraba bien. ¿Qué otra cosa podría haberles escrito?

El 9 de mayo aún no sabía yo nada de todo esto. Cuando sonaron las campanas de paz, acabábamos de emprender dos marchas forzadas de 50 kilómetros diarios, agotados y extenuados, en filas de cinco u ocho, ya no lo recuerdo, hacia Auschwitz. No sé quién de nosotros había oído hablar de la existencia de ese campo de concentración; yo ni siquiera conocía su nombre.

Dachau lo conocía de mi época escolar en Múnich:

Es steht ein Baum im Odenwald,  
der ist organisiert,  
er ist im NS-Baumverband,  
damit ihm nichts passiert.  
[En la Selva de Oden<sup>3</sup> se yergue un árbol,  
bien organizado está,  
pertenecer a la asociación nacionalsocialista  
del árbol,  
para que nada le pueda pasar.]

Parece que esto lo cantó Weiss Ferdl<sup>4</sup> en 1939, y al día siguiente, para evitar ser enviado a Dachau introdujo algunos cambios:

Es steht ein Baum im Odenwald  
der ist nicht organisiert,  
er ist nicht im NS-Baumverband,  
damit mir nichts passiert.  
[En la Selva de Oden se yergue un árbol,  
que organizado no está,  
no pertenece a la asociación nacionalsocialista  
del árbol,  
para que nada me pueda pasar.]

De Buchenwald sí había oído hablar. Fue en febrero de 1943, cuando, al salir del hospital militar, fui a visitar a mi tía en Weimar. Me llevó con ella a una reunión privada de la sociedad Dante, y durante el té se habló de las terribles condiciones en el campo de concentración en la colina de Ettersberg y del fin ineludible de esta guerra. Que tales conversaciones, en un círculo de unas veinte personas y, además, en la presencia casual de un soldado, pudieran ser en aquel momento un peligro mortal para todos nosotros, era algo que ciertamente nadie comprendía. Un año después, mi madre anotó en su agenda durante una visita similar a Weimar: “Por causa de la guerra, mejor callarse...”

Y ahora Auschwitz. Al borde de nuestras fuerzas, nos hicieron pasar por Birkenau y no podíamos comprender por qué no se nos permitía entrar en los barracones incitantemente vacíos. Llegamos al campo principal. Allí escuchamos que en Birkenau habían gaseado a millones de personas y que los hornos crematorios habían sido destruidos. ¿Cómo que gaseadas? Aquello no podía ser más que una mentira propagandística soviética... Al menos, eso pensamos al principio, y mucha gente siguió pen-

sando lo mismo tiempo después. Pero la verdad que encerraban aquellas palabras me convenció al instante.

Existen experiencias que penetran en el cuerpo como lava incandescente y ahí se solidifican. A partir de ese momento, permanecen inamovibles y se pueden rememorar en cualquier momento sin alteración alguna. Pocas de estas experiencias logran convertirse en recuerdos auténticos; pero, cuando lo hacen, se fundamentan en su presencia sensorial. El olor, el sabor, el sonido, el tacto y el entorno visible, todos los sentidos, en el placer o en el dolor, se reavivan y no requieren ningún trabajo de la memoria para ser y permanecer verdaderos. Así me ocurrió a mí, y aún hoy lo recuerdo como si acabase de suceder, cuando, en un destacamento destinado a pelar patatas para los rusos (pues nosotros no recibíamos patatas), un antiguo prisionero polaco de un campo de concentración, quien nos supervisaba, me empujaba a trabajar más rápido con un “*davai, davai!*”<sup>5</sup>. Yo no era más que un cabo primero. En un momento dado, cogió un taburete, lo levantó en el aire para golpearme en la cabeza con él, uno de esos taburetes de la *Wehrmacht*, con sus cuatro patas inclinadas hacia fuera, pero de repente se detuvo: “¿Para qué partirme cabeza, si vosotros habéis gaseado... a millones de personas!” —me dijo—, y lanzó el taburete con tal fuerza contra la esquina que se rompió una de sus patas. De golpe, y nunca mejor dicho, comprendí que estaba diciendo la verdad. ¿Gaseadas? ¿Millones de personas? Esto no podía ser una invención.

De que una tía mía había muerto asesinada en el marco de los programas de eutanasia nos enteramos ya en 1940; que también había sido gaseada no lo llegué a saber hasta mucho más tarde. Así, existen experiencias de guerra que han de revivirse una y otra vez, ya que las experiencias primarias no bastan para garantizar toda la verdad y continuamente surgen nuevas verdades. En este sentido, para mi generación, la guerra nunca termina, o siempre vuelve a comenzar, en la medida en que las viejas experiencias exigen ser confrontadas de nuevo.

Ciertamente existen innumerables recuerdos que he contado y repetido en numerosas ocasiones, pero cuya presencia de verdad de carácter sensible se desvaneció hace ya mucho tiempo. Incluso para mí no son más que meras historias literarias; solo puedo darles credibilidad escuchándome a mí mismo. Ya no puedo garantizar su certeza sensible.

Pero muchas cosas pertenecen a la inalterable experiencia primaria; la masa de lava solidificada... Por ejemplo, la marcha diaria a través del portón con la inscripción *Arbeit macht frei*<sup>6</sup> para demoler aquellas modernas instalaciones de la empresa IG Farben, que los prisioneros habían construido previamente. Con largas cuerdas que cientos de nosotros debíamos sostener, asegurar o tirar, se bajaban al suelo enormes calderas de unos veinte metros de altura y se izaban sobre vagones. Se pretendía evitar que cayeran en manos de los polacos y así poder trasladarlas a Rusia, donde las vi (¿o eran otros restos de fábricas?) yaciendo oxidadas en la estepa siberiana durante mi viaje de vuelta a casa. A pesar de

<sup>3</sup> Cadena montañosa de baja altitud ubicada en el suroeste de Alemania y que ocupa parte del territorio de los estados federados de Hesse, Baviera y Baden-Wurtemberg. (N. del T.)

<sup>4</sup> Humorista alemán (1882-1949). (N. del T.)

<sup>5</sup> En ruso: *Давай, Давай* (“vamos, vamos”). (N. del T.)

<sup>6</sup> *El trabajo os hará libres.* (N. del T.)

toda la verborrea antifascista, sentíamos y sabíamos que éramos esclavos. Y lo que les había sucedido, y seguía sucediendo, a las numerosas columnas de mujeres de la Alta Silesia, también obligadas a trabajar, lo atestiguaban sin palabras sus rostros grises y petrificados.

Hoy puedo calibrar, si bien únicamente de manera secundaria y *ex post*, lo que significó “Auschwitz” para aquellos condenados a muerte que, antes que nosotros, estuvieron allí, hacinados, agotados, aniquilados y gaseados; así como para aquellos supervivientes que, a pesar de todo, lograron sobrevivir. De ello, como ya he mencionado, oí hablar durante unos breves segundos, pero nunca lo había vivido en mis propias carnes. A pesar de la gran cantidad de lecturas y de los seminarios que posteriormente impartiría sobre el tema, mi experiencia personal, como no podría ser de otra manera, sigue siendo limitada y puede resumirse en pocas palabras: hambre, y otra vez hambre; trabajo, y otra vez trabajo. Y para ambos parecía haberse establecido la misma regla: tanto como sea imprescindible, tan poco como sea posible. Eran condiciones que se transformaron para mí en un escepticismo permanente, para no caer en una resignación letal. Que pudiera volver a casa después de cinco años de cautiverio me parecía improbable, algo que expresé durante el trayecto a Asia, para indignación de mis compañeros de viaje.

Que pudiese regresar a casa ya en el otoño de 1946 se lo debo solo a dos coincidencias: a un antiguo compañero de clase, Alfred Kessler, que había llegado al campo de Spassk antes que yo (él fue quien diagnosticó mi enfermedad mortal, la cual yo ya no era capaz de percibir); y al cirujano del campo, un médico de Stalingrado, el Dr. Wolf, quien en otro tiempo había sido asistente de mi abuelo y quien, después de la exitosa operación, logró hacerme pasar por un nieto que podía regresar a casa declarándome apto para el transporte durante cuatro semanas, aunque incapacitado para trabajar durante un año.

Pero esta suerte, en este caso la de un ciudadano de la burguesía ilustrada (*Bildungsbürger*), no la tuvieron todos. Ciertamente no el trompetista del campo, mi vecino, quien desapareció de repente en el búnker de la GPU y de allí regresó, cuatro semanas después, como un esqueleto al hospital militar, donde finalmente murió, de modo que su cadáver quedara registrado estadísticamente por los médicos alemanes y no por la policía secreta. Se había negado a confesar crímenes que no había cometido. Eso le costó la vida. Apparentemente, carecía de espíritu antifascista.

Otro vecino del campo de concentración, un campesino de dieciocho años de la región de Altmark, bien habría podido regresar a casa, pues estaba en condiciones de ser transportado durante cuatro semanas e incapacitado para trabajar por más de un año. Le faltaban las manos. Se le habían congelado y gangrenado en el calabozo de la GPU. Le ordenaron que confesase o testificara sobre crímenes de guerra que su unidad habría cometido antes de que él fuera siquiera soldado: “Tú firmar”. Su negativa le costó los pies y el viaje de regreso a casa, al menos en 1946.

Otros ni siquiera tenían perspectiva alguna de regresar a casa. Tal era el caso de dos niñas de unos

doce años, con las que había trabajado en tareas de construcción. Eran niñas alemanas del Volga y llevaban ya cinco años sin saber dónde podrían estar sus padres, tras haber sido deportadas y separadas de ellos en 1941. Ya no podían reír; habían perdido esa capacidad. Tampoco se atrevían a hablar, pues temían que yo fuese un topo. A ellas les iba infinitamente peor que a los hijos de aquellos kulaks de la república del Volga, que ya llevaban década y media desterrados en Karagandá. Al menos estos últimos podían ir junto a sus padres a los túneles de las minas para cumplir con la norma familiar, o, mejor dicho, superarla. Estos niños incluso cantaban en la estepa *Hänschen Klein, ging allein...*<sup>7</sup>, lo que casi provocó que se me saltasen las lágrimas.

Hay experiencias que son intransferibles e intransferibles, por terribles o mucho peores que sean las experiencias de los demás. La comparación siempre es posible, pero solo desde fuera. Desde el interior de cada experiencia, cada una es única. Hoy sé mucho más de lo que entonces podía saber, y sé cosas distintas de las que en aquel momento me eran posibles. Y así les ocurre a las generaciones posteriores. Pero la intransferibilidad de un conocimiento primario basado en la experiencia no tiene parangón. Y es que más vale saber que pretender saber (*Wissen ist besser als Besserwissen*).

Por eso existen diversos finales de la guerra. Lo que para unos fue liberación, para otros no fue paz... ¿o sí? Mis tres tías abuelas, que aún vivían entonces en Stettin, en Herischdorf y en Breslavia, desaparecieron en una muerte que nadie conoce. Eso también fue un final de guerra, del cual, sin embargo, yo aún no sabía nada el 9 de mayo.

Tres veces experimenté el final de la guerra en Alsacia. Cuando los estadounidenses atravesaron la hondonada de Saverne (una división *Volksgründler*, que ya no existía, debía defenderla), mi compañía de radar, en aquel entonces llamada *Funkmess*, en la que yo, como cabo primero, era responsable del uso de equipos electrónicos y de la evaluación de la información para la artillería antiaérea y los pilotos, se retiró a Estrasburgo. Allí ocupamos un fuerte del siglo pasado, desde donde, durante la noche siguiente, informaba cada media hora a la comandancia de la ciudad sobre el avance de las columnas blindadas, que progresaban de localidad en localidad. Nuestros puestos de escucha aún funcionaban. Finalmente, los tanques, probablemente con tripulación francesa (también los rusos conducían camiones americanos por todas partes), pasaron frente a nuestras ventanas que hacían las veces de troneiras. Así, miles de enfermeras y trabajadoras, jerarcas nazis, soldados, funcionarios y heridos fueron sorprendidos y empujados hacia el puente Keller sobre el río Rin. Esa sorpresa llevó a muchos a la muerte, merced a los partisanos que disparaban victoriosos; sin embargo, la ciudad fue evacuada sin presentar batalla. Yo mismo escapé por callejones laterales y cruzando los humedales del sur del Rin hacia la orilla oriental. El general fue condenado a muerte *in absentia* por un tribunal de la *Wehrmacht*. De eso no se

<sup>7</sup> *El pequeño Hans se marchó solo...* Se trata del inicio del *Hänschen Klein* (*El pequeño Hans*), una canción popular infantil alemana. (N. del T.)

habló veinte años después, cuando De Gaulle celebró la liberación en Estrasburgo.

Y aún hubo una tercera vez en que fui testigo de este final. En Karagandá tuve la oportunidad de ver una película. No recuerdo cuál, pero el noticiario que la precedía me resultó inolvidable: una corriente de lava. La tricolor<sup>8</sup> ondeaba sobre la catedral de Estrasburgo, liberada. Para mí, habiendo cursado los estudios de bachillerato, todavía era la ciudad del Erwin von Steinbach de Goethe. Demasiado tarde.

Pero los finales de la guerra no llegaban a su fin. A la postre, cayó la bomba atómica, y los rusos, con fervor patriótico, se desbordaban en arengas de venganza por 1905; rápidamente se unieron a la guerra para derrotar al ejército japonés en Manchukuo: nuevas fuerzas de trabajo, que también fueron infiltradas en nuestro campo de concentración. No pasó mucho tiempo antes de que a los japoneses, oficiales con sus sables al frente, se les permitiera arrodillarse cada mañana para rendir culto al emperador del Este. Poco después, empezarían a desaparecer los sables, luego los oficiales, y lo que quedó fueron trabajadores marchitos que se deslizaban afanosamente como hormigas.

Para nuestro funcionario de reeducación antifascista, un catedrático de instituto suabo, con la victoria soviética sobre los japoneses capitalistas e imperialistas, había concluido la última guerra de todas las guerras de la historia mundial. Le pregunté si realmente afirmaba eso en serio, después de cuatro mil años de acontecimientos bélicos de alta cultura. Dio media vuelta sobre sus talones y salió de nuestra enfermería. Ahora probablemente irá a Vorkutá —insinuaron mis compañeros de sala—. Y acuñé para mí la rima: “Querido Stalin, hazme mudo, para que a casa

vuelva seguro.” Al parecer, Stalin me escuchó, ¿o acaso fue el catedrático de instituto quien no me delató? Claro que tampoco me atreví a preguntárselo, ni siquiera cuando cruzamos juntos, pues fue liberado conmigo, la frontera de la ciudad de Hof, respirando profundamente después de una serie de golpes de suerte. El miedo persistía. Eso también fue un final de la guerra.

Aún quedaba más por venir. Por ejemplo, las esquelas que seguían llegando. Dos tercios de mi clase jamás volvieron a casa. Y una anécdota absurda: la policía de Saarbrücken me detuvo como vagabundo. Aparte de mi andrajoso uniforme de prisionero ruso aún no tenía ropa nueva, al menos ninguna que fuese aceptable para la policía alemana. Los militares franceses, sin embargo, fueron más comprensivos y ordenaron que me soltaran. Así fue como acabé consiguiendo una chaqueta y unos pantalones donados por los baptistas estadounidenses, junto con una Biblia que todavía leo. Algo similar ocurrió con un ejemplar del *Manifiesto Comunista* que los oficiales de la Zona Este me regalaron como despedida, y con el que llegué a organizar más de un seminario de lectura (contrariamente a la leyenda de que Marx no se leía en Occidente después de 1945; más bien, habría que preguntarse quién lo leía y de qué manera). Finalmente, un día, poco después de medianoche, encontré a mi madre. Y volví a ver a mi padre, quien, con amable timidez, me preguntó: “Perdone, ¿cómo era su nombre?” No se había vuelto loco, como pensé por un segundo. Sin duda, muchas cosas debieron haber cambiado hasta el punto de volverse irreconocibles.

Aquello también fue un adiós a la guerra, año y medio después del 9 de mayo de 1945.

---

<sup>8</sup> En referencia a la bandera de Francia. (*N. del T.*)